

sis que le sirve de base: la negación de la existencia de Dios, o más aún, la "demostración de la no existencia de Dios" que hace Sartre en otra de sus obras. Ahí está la clave de todo.

Pues, lo repetimos, partiendo de ahí Sartre es el más consecuente y lógico de los ateos, y lo único que no nos explicamos es cómo, al haber llegado a esa plena conciencia del absurdo de las existencias, en tales condiciones, no ha llevado su consecuencia hasta pegarse un tiro, en lugar de aumentar el número de cosas existentes con los cientos de millares de ejemplares de sus libros que corren por ahí, los millares de francos que eso le ha de reportar, y tantísimas otras consecuencias todas groseramente existentes.

La exposición de esta teoría filosófica a través de los menudos sucesos y reflexiones que Antoine Roquentin va anotando en su "journal", podría haberse hecho exactamente lo mismo sin la intercalación, cada tantas páginas, de unos cuantos renglones de la más cruda obscenidad, absolutamente innecesarios para la teoría y para el relato, y que francamente no sabemos si se deben a una especial conformación mental y moral que ese ateísmo teórico y práctico ha impreso en Sartre, o a su prurito de enfrentar todos los "convencionalismos", o... no por nada leemos en la portada: 38e. *édition*.

Por último, hay que señalar que, aunque su ateísmo debiera ponerlo más bien en una actitud indiferente o prescindente frente a cualquier religión, que para él no es otra cosa que una invención de los "salauds" para ocultarse la monstruosa realidad del absurdo de sus existencias, hay en cambio en Sartre un positivo odio hacia la Iglesia Católica, que se percibe apenas trata, aunque sea de paso, algo vinculado con ella:

"dans les églises, à la clarté des cierges, un homme boit du vin devant des femmes á genoux" (pág. 61), aunque a veces su conocimiento del tema no puede menos que hacer sonreír: "Je croyais que la haine, l'amour ou la mort descendaient sur nous, comme les langues de feu du Vendredi saint" (pág. 194).

M. M. Bergadá.

JOSE M. RUBERT CANDAU - *Diccionario Manual de Filosofía*. Editorial Bibliográfica Española, Madrid, 1946. 660 págs.

La aparición de este Diccionario merece ser saludada como un acontecimiento en los países de habla española, pues pocas obras serán tan útiles como ésta para el estudiante, para el profesor de materias que rozan la filosofía, y en general para todo hombre culto que, por falta de tiempo o de vocación, no ha podido adquirir un conocimiento profundo de todas las ramas y problemas de la filosofía.

Asombra realmente, a poco que se hojee esta obra, el criterio sano y armónico que la ha inspirado y que la convierte en un verdadero instrumento de estudio y formación, casi diríamos en un verdadero libro que presta un servicio muy distinto del que en general puede esperarse de un "diccionario".

Porque el *Diccionario Manual de Filosofía* no está realizado con el afán de ofrecer un extenso vocabulario en torno al cual se articulan definiciones, datos históricos, teorías, etc. Esto es lo primero que nos viene a la mente cuando pensamos en un "diccionario de filosofía". Pero no es lo que hallamos en la obra de Rubert Candau. Hay allí algo menos y algo más: menos vocablos

y más filosofía. Tal ha sido el criterio que ha presidido la realización de este Diccionario.

“Hemos escogido las ventajas que ofrece el Diccionario... para encuadrar en serie alfabética el desarrollo de los temas filosóficos más importantes y la historia de los mismos a través de los autores propiamente representativos de la Filosofía”, nos dice el autor al comienzo del Prólogo. “Por el carácter específicamente filosófico del Diccionario, el empeño se centra más en presentar una visión comprensible y lo más orgánica posible de sus ideas fundamentales, que no en enumerar la mayor cantidad posible de datos bio-bibliográficos, ciñéndonos en éstos sobriamente según su interés y la importancia de los autores. Por el mismo motivo se descartan las materias correspondientes a las ciencias biológicas y sociales, limitándose al campo estricto y fundamental de la Filosofía”. (En efecto, este Diccionario está libre de ese farrago de términos relativos a sistema nervioso, biología, psicopatía y psicología experimental, que ocupan en la mayoría de las obras similares casi tanto lugar como la filosofía propiamente dicha).

“Al estructurar el estudio de los temas filosóficos —prosigue el Prólogo— dentro de un marco alfabético se corría el peligro de desarticular las materias filosóficas que, más que en cualquier otra disciplina, se caracterizan por su esencial organización en un conjunto unitario. Este verdadero peligro se ha pretendido obviar, sin introducir innecesarias repeticiones, agrupando alrededor de un tema central todos los problemas subordinados al mismo, sin omitir, por eso, la inclusión de cada uno de los problemas de su correspondiente lugar alfabético, seguido de una

referencia al tema central en donde se estudia”.

Así, por ejemplo, en los artículos *Dedución inmediata* y *Dedución mediata* hallamos expuesto sólida y claramente, a lo largo de veinte páginas, todo lo necesario para dar al lector una idea completa acerca del tema: las diversas clases de proposiciones y de juicios, sus relaciones, el silogismo, sus elementos y sus figuras y modos, la conversión de las proposiciones, todo eso se encuentra tratado allí en ordenada síntesis. Y a tal artículo es remitido, con una mera indicación, quien busque p. ej. “contraposición”, “A”, “I”, “Baralip-ton”, “Darii”, “polisilogismo”, etc.

Lo mismo podríamos decir de artículos como *El Ente: sus modos supremos*, donde se expone: 1. Las categorías o modos supremos del ser. 2. ser potencial y ser actual. 3. El movimiento. 4. Esencia y existencia. 5. Ser posible e imposible. 6. Ser necesario y contingente. 7. Fundamento de la posibilidad intrínseca. 8. El ser ficticio o ser de razón. Todo esto, desarrollado en más de veinte columnas, se completa todavía con los artículos *Sustancia y accidente*, *Cantidad*, *Cualidad*, *Espacio*, *Tiempo*, *Causa*, *Relación*, y con el artículo, modelo de armonía y equilibrio filosófico, sobre *El Ente: sus propiedades trascendentales*, donde sucesivos párrafos sobre la unidad, la verdad, la bondad del ser, en sus diferentes clases, rematalos por un párrafo final acerca de “El valor según la teoría moderna, jerarquías y clases de valores, etc. dejan en el lector la idea del todo acabado, conexo, armónico que debe ser la verdadera filosofía, en sí y en su aplicación a todos los órdenes.

Así como en estos artículos que acabamos de citar tenemos un verdadero tratadito de metafísica, otro “sistema”

de artículos sobre *Posibilidad de conocimiento, Origen del conocimiento, Trascendencia del conocimiento, Criterio de certeza* llevan al lector una idea cabal del problema crítico. Y artículos como *Apetito sensible, apetito racional, conocimiento sensible externo, conocimiento sensible interno, Alma, Voluntad, etc.* van desarrollando la Psicología. *Deber, valor moral, etc.* trazan las grandes líneas de la Ética. Y no queremos dejar de mencionar el artículo *Belleza*: (1. La belleza y sus partes. 2. Dirección subjetiva y objetiva de la estética moderna. 3. La belleza como una clase de valores. 4. La creación artística y sus fases esenciales. 5. Antagonismo entre el momento expresivo y la forma. 6. El sentimiento o placer estético. 7. El elemento objetivo puramente estético. 8. Clases de belleza, que puede servir para muchos lectores como verdadera iniciación en la estética.

Hay que hacer notar, además, que este sumario que precede a los artículos principales contribuye muchísimo a orientar al lector y a facilitar la búsqueda.

En cuanto a la historia de la filosofía, los autores fundamentales están ampliamente expuestos; los autores secundarios son objeto de una reseña más breve (una o dos columnas), y para los filósofos de menor importancia, tales como Jámblico, Arcelíao, Polemón, Anaximandro, etc. se nos remite a los respectivos maestros o escuelas: los Presocráticos, el Neoplatonismo, donde en una exposición general van desfilando estos filósofos.

Por, último, ya que nos es imposible detenernos a analizar las correctas exposiciones que hace de los filósofos modernos: Descartes, Kant, Hegel, etc., etc., digamos, eso sí, que las seis páginas dedicadas a una ordenada exposición de *Husserl*, junto con las otras

seis que lleva *Heidegger*, y las tres destinadas a *Ortega y Gasset* nos dicen que el autor ha tenido muy en cuenta las preocupaciones actuales, y que nos ofrece una obra verdaderamente al día.

La presentación del libro, en letra clara y grande, a dos columnas, en buen papel y tamaño, y formato verdaderamente manuable hacen más agradable su manejo.

M. M. Bergadá.

JUANA DE ARCO EN LA HOGUERA

Oratorio dramático de Paul Claudel —música de Arthur Honegger—. Texto y versión castellana, con grabados antiguos. Traducción, prólogo y notas de Angel J. Battistessa.

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires - Secretaría de Cultura - 1948. 241 páginas.

Juana de Arco en la Hoguera ya había sido presentada en el escenario del Teatro Colón de la Ciudad de Buenos Aires en la temporada de 1947 y este año se repuso el espectáculo.

Un complemento bibliográfico se hacía inminente por la complejidad de la obra y por la casi ausencia del texto francés. La Secretaría de Cultura de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires supo —por esta vez— completar este vacío. La edición presentada está a la altura de lo que exige el drama claudeliano.

El texto bilingüe facilita la lectura a aquellos no familiarizados con la lengua francesa, teniendo en cuenta que la versión castellana se ajusta en todo al original. En este caso el afán de traducir sólo se ha mantenido en lo que respecta —como es justificado— al texto francés y no a las citas latinas como en el presentado en otra oportunidad. Aquí